

*Una vida en mil matices*



*Neolibros*

En medio de una bulliciosa ciudad de pintas de época victoriana, en la cual deslumbra a la vista la arquitectura antigua en las casas de guijarro y madera colorida... en medio del pasar de tanta gente se encontraba una joven chica de cabello plateado de tonalidad muy clara, lo cual era lo más resaltante en su joven figura y la armadura ligera que esta vestía. Ella miraba nerviosa y perdida su entorno; su mente no puede recordar cómo había llegado y en esta solo comprende la siguiente conclusión al caminar por aquel lugar.

— “Me encontraba frente a la mismísima nada... solo estaba yo, mirando hacia la antigua plaza gigante llena de gente y mi única pregunta era: ¿Cómo llegué aquí?” —

Su memoria difusa se encontraba; no podía recordar qué le había pasado antes de tomar conciencia en aquel lugar. Mientras más le daba vueltas a la situación, menos caía en cuenta de qué le pudo haber pasado. Miraba hacia los alrededores con frenesí buscando respuestas. Junto a ella se disputaba un gran festival, el cual adornaba las calles de piedra lijada y cada farol de acero con flores variopintas; las casas de madera antigua se teñían de colores vivos, haciendo de este lugar una celebración jovial con un ambiente acogedor a la vista.

Al alzar la mirada por curiosidad, la joven miró la razón del festival de aquellos pobladores de la ciudad... el alzar de la flama de una estructura gigante donde dicha llama reposaba en la punta de lo que parecía ser una antigua torre inmensa, la cual presuntuosamente se ubicaba en el centro de la ciudad, siendo esta lo primero que atrajera su vista a cualquier visitante.

Los pensamientos de la joven son cortados de golpe por alguien que suavemente toca su espalda con una leve palmada. De sobresalto, la chica voltea atónita para averiguar el rostro del causante, este siendo un joven chico de cabello negro azabache, el cual también vestía como armadura como ella y en sus espaldas llevaba una espada bastarda de al menos 1,70 metros de alto de color negro. El chico le saludaba con una sonrisa hasta que notó la

expresión de la pelo platino... Esta no se encontraba sorprendida al verle, sino más bien pálida; tartamudeaba y su voz entrecortada, al intentarle hablar al chico.

— ¿Estás bien, Laia? Estás algo pálida... ¿Te llevo de vuelta a casa? —preguntó el joven con preocupación en su rostro.

— E-estoy bien... simplemente el sol de mediodía está algo fuerte, debemos ir a verla... por cierto, ¿qué tal fue todo en el orfanato, Rennar? —respondió tartamuda por un dolor de cabeza que desde que tomó conciencia de sus actos no amainaba; no obstante, al hablarle al chico, la memoria se le esclarecía.

Rennar, el caballero, responde sonriente ante la pregunta mientras caminan tranquilos por las calles robustas llenas de color, músicas y gente que les saluda por doquier.

— Me saludaron muchos niños, me recordaron a nosotros cuando éramos pequeños, muchos me llamaban “La espada del Luxian” y me pidieron que les contara de nuestras aventuras allá afuera como caballeros. Me hizo feliz en cierto punto, nuestro objetivo se cumplió, llenar de sonrisas este lugar, pero hoy no somos caballeros, sino gente común, ¿y qué tal si disfrutamos nuestro día como tal y buscamos a nuestra amiga? —preguntó este, acelerando su caminata hacia el centro de la ciudad.

— No veo por qué no, te sigo —respondió Laia sonriente, siguiéndole el paso con velocidad, habiendo perdido el dolor de cabeza y, en cierto punto, inclusive olvidando que lo tuvo en primer lugar.

Laia perdía las preocupaciones mientras seguía a su amigo por las calles pintadas de los jardines de flores de las casas y los árboles que soltaban flores de cerezo por doquier y luego de 3 minutos corriendo y charlando llegaron a su destino, el centro de la ciudad el cual se constituía en una gran plaza rodeada de árboles frondosos donde lo que más resaltante era la gran cantidad de personas disfrutando del festival lleno de música y regocijo, pero lo más imponente se encontraba en frente de ambos, un gran fortín que a simple vista se confundía

con una iglesia inmensa, de piedras y madera con vitrales gigantes y atrás de esta se encontraba un camino escarpado donde yacía la estructura gigante donde la llama reposaba.

— ¿Lo ves, Laia? Esta es la razón de nuestra lucha: mientras esa vela siga viva, nuestra ciudad se mantendrá en paz; esa es la razón de mi lucha... que nada nunca cambie y la paz se mantenga en este lugar. —Señala Rennar feliz de sus aiosos logros y de lo que estos han llevado a su hogar.

El paisaje pintoresco y la alegría se respiraban en cada paso que los dos jóvenes daban hacia la fortaleza que tenían frente a sí. Las puertas se abrieron para que estos se acercaran y de estas salió una joven con vestimentas de sacerdotisa, cabello marrón y unos ojos coloridos. Su sonrisa reflejaba una bondad palpable, pero para Laia... al ver a la joven, como si se tratase de un flashback, lo que percibió era un rostro que se hacía pedazos, dejando ver fragmentos de matices, los cuales se desprendían como pedazos de vidrio cayendo de su rostro y un montón de rupturas de este, pareciendo escombros que se mantenían por mera voluntad, aferrados a la piel. Laia evitó mirarla espantada, acto que no pasó desapercibido por la dupla que le acompañaba: Rennar y la joven, siendo la última mencionada la que le extendería la mano en señal de apoyo.

— ¿Estás bien, Laia? —preguntó esta con un tono gentil y a su vez preocupado, extendiendo su mano.

— Claro... lo siento, creo que no he dormido bien estos días, no sé qué pasa... lo siento de verdad, Irina —comunicó esta después de soltar un ligero respiro al ver a su amiga y tomar su mano.

Antes de decir una palabra más, Rennar se llevó a la sacerdotisa consigo para que disfrutase de las fiestas, señalándole a Laia que los siguiese. Ignorando lo ocurrido, ambos chicos disfrutaban mutuamente del baile y la música. Desde la vista del caballero, todo era felicidad y disfrute; ella los miraba sin decir nada, esperaba sentada que los mareos repentinos y lagunas de memoria pasasen, pero dentro de esta había una corazonada, un sentimiento extraño de que algo había olvidado; sin embargo, era palpable, algo que su mente omitía, y

esto le hacía doler más la cabeza solo al intentar excavar en su memoria. No obstante, para sacarla de sus pensamientos, había llegado Irina, extendiendo su mano de forma gentil como la vez anterior.

— ¿Qué tal si salimos un rato como en los viejos tiempos? —propuso la sacerdotisa. Incentivándola a dejar sus preocupaciones de lado.

La joven afirmó con la cabeza, tomándose el tiempo de pasear con el grupo sin un rumbo fijo; los tres caminaban por las calles donde su infancia transcurrió, lo cual llena a los viejos amigos de nostalgia, señalando entre ellos viejas aventuras.

— Creía que esto no iba a volver a pasar, solo nosotros caminando por los callejones; aún recuerdo cuando éramos tres niños traviesos sin rumbo. ¿Quién diría que ahora yo soy la sacerdotisa protectora de nuestro reino, Rennar un héroe de guerra y tú, Laia, una de las capitanes del ejército...? Es increíble el paso del tiempo y lo que trajo consigo, ¡oh! Se me olvidaba: por su aniversario de salir de la escuela de caballeros les daré esto. —Irina mueve sus dedos como si de un pincel en la nada se tratase y con un chasquido termina su pintura: dos flores, las cuales entrega a sus amigos.

— ¿Cómo hiciste eso? — preguntó Laia a su amiga, sorprendida del poder que posee y lo que pudo crear con solo mover sus dedos y un simple chasquido.

— Este es mi don, el don de “Pintar”; puedo hacer realidad muchas cosas gracias a la vela y a la energía de mi alma, la cual en el templo llaman “Color”, pero mejor no me enredo a explicarles más; debemos seguir hacia la ciudad. — comento sonriente al ver el impacto de lo que había hecho a los jóvenes.

Rennar se encontraba en silencio, sonrojado como tomate al estar cerca de Irina, y Laia sabía la razón; él estaba profundamente enamorado de ella y ese sentimiento era mutuo,

notorio por las reacciones y actuar de ambos, por lo cual, para no estorbar, luego de minutos de charla, Laia se separó del grupo para ir a un lugar en completa soledad.

Fueron al menos tres minutos caminando hacia el lugar más ruinoso de la ciudad, donde todas las casas se encontraban en estados deplorables, siendo fantasmas de los hogares que quedaron y de las vidas que allí vivieron. Laia entró a uno de los hogares donde ni siquiera quedaba el suelo de madera; en vez de esto, se dejaba ver un hermoso jardín de flores y un altar con dos espadas clavadas en aquel lugar con las inscripciones de antiguos capitanes de guerra que las empuñaron. Al verlas, Laia se arrodilló y dejó la flor que su amiga le había dado, procediendo a hablar a la nada, esperando una respuesta en vano.

— Mamá, papá... no sé si soy lo que desearon, pero pude dejar de llorar por su pérdida... aún me duele, pero por fin pude aprender a sonreír como me dijeron, lucho por lo que creo correcto, para que nadie más pierda... para avanzar, aunque otros caigan, y mantener la llama encendida. Les dejo una flor, como cada vez que vengo; sé que te encantaban, madre. Ahora debo irme, nos veremos en el más allá; yo debo volver al presente. Los amo —suelta ella aquel monólogo para luego irse, no sin antes dejar la flor con el resto.

Mientras camina con tranquilidad hacia donde sus amigos yacías, repentinamente a su mente llega un recuerdo, uno donde estaba junto a Rennar en las afueras del reino en una pradera bajo la lluvia intensa; ella se encontraba bañada en sangre de soldados enemigos al igual que Rennar; este le preguntaba a su amiga si habían hecho lo correcto; ella se queda en un silencio atronador.

Al volver en sí, esta no tuvo tiempo de recapacitar en lo recordado; las alarmas resonaban... la tragedia pisaba la ciudad y Laia debía salir a defenderla. Luego de media hora de camino, llegó a las puertas de la ciudad. Irina había sido retirada hacia el castillo y ahora solo quedaban los soldados, Rennar y Laia, la cual al llegar preguntó por la situación a su amigo.

— ¿Quién nos ataca y cuántos son? —

— Incoloros... esos seres están atacando todas las ciudades humanas en búsqueda de cazar humanos y vinieron atraídos a la nuestra por la vela y la energía de la ciudad; son al menos 50 y nosotros 30. ¿Qué hacemos? —preguntó el chico, el cual dudaba de abrir la puerta ante el desastre inminente.

Laia no lo dudó, ordenó abrir la puerta y con gallardía salió hacia el campo de batalla contra los Incoloros, seres fantasmales los cuales blandían armas, preparados para atacar. El ejército iba al combate con todas sus fuerzas para aplacar a los enemigos; la ciudad que antes celebraba ahora era testigo de una batalla de proporciones épicas entre soldados y bestias.

Amigos de la infancia arrasaban el campo de batalla; para las criaturas, el dúo protagónico era prácticamente invencible. Rennar veía preocupado por su amiga Laia; esta no luchaba como de costumbre. Su mente empezaba a trasladarse a un recuerdo doloroso; algo estaba mal y ella lo sabía fervientemente; no obstante, sus emociones eran un obstáculo y esta debía callarlas como diese lugar.

En el clímax de la batalla, Laia termina enfrentando al que se presumía era el capitán de las bestias sombrías; ambos luchaban con frenesí, chocando con fuerza cada estocada buscando dañar al otro. Lo que Laia notaba era que su enemigo se contenía a propósito; este, a pesar de no tener una boca, le intentaba hablar con todas sus fuerzas, hasta que esta le prestó atención. Sus palabras, a pesar de ser difíciles de entender e ir más rápido de lo normal, había logrado descifrar su mensaje; era una alerta diciéndole repetidamente: —¡Despierta! ¡Hazlo antes que sea muy tarde! —lo cual la dejó atónita, pensando en qué se refería el ente con aquellas advertencias. Esto la llevó a bajar la guardia y recibir un corte ligero de su hoja, el cual de forma inmediata la desmayó.

Los recuerdos de Laia se habían liberado y en su subconsciente los revivía; esta se encontraba con Rennar en las ruinas de una antigua casa de su ciudad, cubiertos y escondidos; ambos se encontraban heridos, vendándose mutuamente. La situación no pintaba para nada

bien para los dos jóvenes y estos, mientras se sanaban las heridas el uno al otro, tenían una conversación en los escombros de lo que fue su hogar.

— ¿Qué hacemos, Laia? El reino del este ya acabó con todas nuestras fuerzas... e Irina, ella ya no aguantará más tanta guerra; al fin y al cabo, no es un soldado como nosotros. Ahora mismo solo quedan 10 personas para luchar; estamos cansados y allá afuera parecen ser cientos. —¿Cómo salimos de esta, capitán? —señaló Rennar ya sin fuerzas ni ideas a su compañera, en la cual en su mirada se dejaba ver cómo las fuerzas le abandonaban en una situación tan desesperante.

— Ya no podemos hacer nada, Rennar, no podemos ganar la guerra; lo único que podemos hacer es salvar a los pocos que quedan... no tenemos a dónde ir, ni un dios que nos salve... lo único que podemos hacer es que nuestra lucha no sea en vano — respondió con total pesar a su amigo, evitando verle al rostro.

— Sabes lo que hará Irina si tomamos ese camino; ella tiene el poder de la vela y puede crear a esos monstruos, los incoloros... Ella pintará nuestra esencia en ellos y preferirá sacrificarse a ella y a este mundo por ellos; debemos evitar que eso pase... ahora apenas podemos detenerla, que lo haga... sin nosotros... ella — recrimina Rennar, conciso, por las repercusiones que traerá el camino que su amiga elegirá.

Laia no tuvo la fuerza para tratar de negar el punto del chico; este lo comprendió... Ella no quería pensarlo, solo quería morir, ya que su vida había sido arrebatada. Ahora ella y los soldados restantes cumplirían su cometido, pese al precio que tendrían que pagar por la decisión tomada. En la entrada de la ciudad arribaban más de 50 soldados armados y, a pesar de ellos ser solo 10, saber que la guerra estaba perdida y las heridas en su cuerpo siendo un recordatorio que ya no valía la pena la lucha, aun así, tomaron sus armas. Su capitana, la última que quedó en pie, solo suelta un “Por las llamas de Luxia” mientras todos marchan hacia su último combate, resonando por los sollozos que partían a la fuga, siendo una de estas Irina.

La batalla no era épica, ni menos un intento de revolución, solo es un deseo egoísta de morir por lo poco que quedo de lo que los soldados llamaron hogar, estos aferrados a morir por lo que amaron y por lo poco que aun podían salvar luchaban con temple pese a la adversidad, siendo Laia y Rennar quienes enfrentaban al capitán de aquellos que invadieron su tierra, pero sus fuerzas no daban abasto sus cuerpos desgastados de días de lucha y de combates frenéticos ya era un milagro que estén de pie, a pesar de todo los intentos cayeron uno a uno, siendo Rennar uno de los últimos en pie junto a Laia, esta no lloraba a pesar de saber su destino, al contrario, no dudaba en tomar su espada con más fuerza sabiendo que era inútil, pero su determinación se desvaneció de golpe al ver el resultado de su elección, un Rennar siendo atravesado por el mandoble del líder contrario y este como últimas palabras soltando simple —“Lo siento” — para luego Laia ser víctima del mismo destino, sus últimas respiraciones con lágrimas en sus ojos, por primera vez aquella chica que había perdido a su familia, pudo llorar por ellos y cerrar los ojos, decirle adiós a este mundo y pedir perdón a Irina por no defender su hogar terminando con todo en aquel momento.

Al despertar del sueño, Laia lo había entendido. Ella fue resucitada por su antigua amiga, pero el efecto de la pintura que se le aplicó había pasado, permitiéndole así ver la realidad. Lo que sus ojos admiraron no era la ciudad pintoresca, sino las ruinas de su incompetencia, el hogar destruido; los incoloros de antes eran personas normales que ella había asesinado junto a Rennar. Al caminar por la ciudad, se dio cuenta: allí solo habitaban incoloros a montones, ecos sin rostros hechos por la mismísima Irina; la verdad golpeaba con fuerza. La culpa de que ella fuese en parte la causante del dolor de muchos le dio la respuesta. Alguien debía darle fin y esa sería ella.

A rienda suelta, Laia corrió por la ciudad hasta llegar a donde su amiga se encontraba, en aquel lugar donde la había visto al inicio del día. En aquella plaza ya no había música ni festejos, solo estaba una Irina que, en contraste con la alegre joven de antaño, esta se caía a pedazos; su piel estaba llena de matices incompletos. Ella era la representación de esa figura fantasma, la cual espantaba a Laia y la llenaba de remordimiento con solo verla.

— Irina, debes acabar con esto —ordena Laia con fervor a lo que queda de su amiga.

— ¿Acabar? —Míralos, Laia... Este mundo está lleno de color, de esperanza... No hay necesidad de escapar de él, hay un lugar para cada uno de nosotros. Vamos, Rennar nos espera... Tenemos tanto de qué hablar y reír en este lugar —responde con aquel tono sereno, extendiendo su mano como en antaño.

La respuesta de Laia entre lágrimas fue una que solo dejó a su amiga con un — “¿Por qué?”— atragantado en su boca para luego ser la espadachina la que exprese sus últimas palabras a esta antes de terminar con su mentira.

— Nosotros morimos por lo que creímos correcto; no permitiré que sacrifiques a todos los de afuera por mantener tu fantasía. Rennar murió al igual que yo Irina, para darte la oportunidad de seguir adelante, pero los tres somos unos egoístas, ninguno quiso luchar por seguir viviendo sin el otro. Esto es mi culpa, para salvarte, para salvar a toda la vida de este mundo... debo decirte adiós. — Entre quebrantos y lágrimas, Laia termina su desahogo para comenzar su última batalla como caballero.

La antigua sacerdotisa cambia su expresión a una llena de odio; esta no duda en arremeter contra la joven, ataca sin piedad usando ataques imbuidos en mil y un colores, los cuales Laia con agilidad evita. Ambas comparten estocadas sin lograr herirse. Irina con su hoja efectúa un combo devastador que hiere a su antigua amiga. Entre lágrimas, la antigua caballero tiñe su espada en un fulgor verde brillante y contraataca, logrando hierirla. El odio impulsa a Irina; con solo chasquear genera grandes explosiones, las cuales hacen retroceder a la joven espadachina.

— ¡Ellos tienen la culpa! ¡Ellos nos arrebataron nuestro mundo y deben pagar el precio! Y no me importa si eres tú o ellos a los que debo matar. ¡No dejaré que borres este mundo! —exclama Irina al lanzar estocadas, una más potente que la anterior, buscando borrar a su antigua amiga.

La antigua caballero bloquea sus ataques y rompe la postura de su antigua amiga, lo cual la lleva a efectuar un combo mortal mientras le argumenta, llena de odio, sus motivos para no bajar su hoja y culminar su sufrimiento.

— “Cuando la chispa muera, una nueva nacerá. Aferrarse a la pérdida solo trae dolor; sigue el camino de la esperanza y el mañana”. Esas fueron las palabras que juré cargar hasta mi fin... Se lo juré a este reino y pienso cumplirlo, protegeré a los que aún viven, terminaré con esto — expresa la determinada Laia, la cual lucha con todas sus fuerzas.

En cada estocada, en cada eco del resonar de las hojas chocantes y la lluvia, que mañana el mañana incierto se definía el destino, Laia no retrocedía, atacaba con todas sus fuerzas decidida a matarla... pero al encontrar el punto ciego después de romper sus defensas, los recuerdos del amor volvieron a su mente. Ella dudó en acabar con su amiga, pero eso no fue mutuo; al percatarse, Irina ya había clavado su hoja en su pecho para hacerla desaparecer, no sin antes dedicar sus últimas palabras.

— No vas a morir; tu castigo será peor. Perderás tu rostro, tu capacidad para hablar y dormir; te convertirás en un incoloro que no podrá entrar a una ciudad con una vela nunca más, con la mitad de tu alma para que recuerdes la traición que cometiste, miraras a tu mundo que deseabas proteger desaparecer. Hasta siempre, caballero.

*“Y así el tiempo pasó. La humanidad luchaba sin cesar contra las bestias que Irina creaba para mantener su mundo. Nadie supo jamás cuál fue el paradero de Laia; solo se rumoreaba que en las afueras un fantasma deambula, sin rostro y con una espada esmeralda consigo, y así empezó la historia, la historia de la gran guerra contra los incoloros y acabar con Irina, de acabar su pintura y tener una vida para soñar”.*

FIN

